... Y la Academia recuperó la puntualidad.

Corría el año de 1957 y la Academia era conducida con la dinámica juventud del Presidente en turno, Bernardo Sepúlveda.

Las sesiones se efectuaban en el sitio tradicional, el salón del fondo en la planta baja del edificio de la calle de Venezuela, anexo al principal de la Escuela de Medicina, en la esquina con la calle de Brasil.

Se había anunciado el propósito de iniciar las sesiones puntualmente a la hora fijada en los citatorios, pues era ya costumbre esperar a que estuviera reunido un número adecuado de Académicos y la reunión no pareciera "desairada", para lo cual habitualmente transcurría más de media hora.

Aquella noche habían llegado con puntualidad el Presidente, el Secretario General y dos Académicos de reciente ingreso, quienes atendían a la excitativa de puntualidad.

Con sorpresa presenciaron que a las ocho en punto el Presidente dijo: Se abre la sesión. Se interrumpieron las charlas y en los rostros se advertía expectación; nadie acertaba con lo que sucedería, pues ninguno de los presentes era ponente esa noche.

Se leyó el acta de la sesión anterior y luego fue aprobada; el Presidente anunció cual sería el primer trabajo que se leería y esperó...

El silencio fue absoluto en los minutos siguientes en cuyo lapso llegaron tal vez otros dos o tres Académicos, pero ninguno de ellos el ponente, por lo que, ignorantes de lo que ocurría, ocupaban sus asientos sin chistar.

A las ocho y diez el Presidente declaró: En vista de no estar presente el ponente para dar lectura a su trabajo, se levanta la sesión.

Nos levantamos e iniciamos la salida, y cuando habíamos cruzado apenas la puerta, vimos la cara sonriente de nuestro amigo, el también joven ponente quien de pronto, desconcertado, preguntaba, ya desaparecida la sonrisa: ¿Qué pasó?... Nada, se suspendió la sesión por ausencia del ponente, le dijo alguno de los circunstantes...

Una semana más tarde, cuando sonaron las ocho de la noche, en el salón había numerosos Académicos y el Presidente inició las actividades con la frase tradicional: Se abre la sesión. Desde entonces todos los miércoles, a las ocho en punto, se oyen las mismas palabras.

Así recuperó la Academia la puntualidad.

R. Vasconcelos[†]